

José Manuel Pedrosa Bartolomé, *Bestiario. Antropología y simbolismo animal*, “Col. Bestiarios de Medusa”, Madrid, Grupo Medusa Ediciones, 2002, 372 pp.

Héctor Brioso Santos*

La obra, ya importante, vasta y variadísima, de José Manuel Pedrosa se amplía un tanto más con su nuevo *Bestiario*, libro que roza, una vez más, los límites de la antropología, la etnología y, naturalmente, el folclore.

La obra enuncia en la p. 25 sus propósitos: profundizar en “todo lo que, en el terreno de la cultura, han aportado a nuestros *yoes* humanos la cercanía, la compañía y la influencia de nuestros *otros* animales”. Esa “enrevesada ecuación” que es la relación con los animales se define en varios campos, luego analizados: “identidad y contraste, cooperación y rivalidad, amor y odio, valores morales y apariencia física, nacimiento y muerte” (*loc. cit.*). Una de las ideas generales formuladas en la obra es la de la contaminación entre los dos ámbitos, humano y animal, con límites “extraordinariamente sutiles y a menudo inexistentes”, en especial en el terreno del mito (p. 69).

Este reciente *Bestiario* se compone de diez largas secciones y una conclusión. Cada uno de los grandes capítulos —sin numerar— se subdivide en diversas secciones y subsecciones, hasta llegar al nivel de unos breves apartados que funcionan a modo de viñetas, ejemplos o ilustraciones de los grandes temas que le interesan al autor. En un orden personal y temático, pero con secreta maestría, el profesor Pedrosa desglosa su temario en una verdadera antología universal de textos comentados, de una grandísima variedad, que abarca todas las culturas, países, autores y géneros. Inasequible al desaliento, Pedrosa recopila y estudia los ejemplos más recónditos —muchas veces invisibles para otro lector, que puede haber visto parte de ellos sin advertir el tema común— de la visión humana del mundo animal en la literatura y la cultura en un sentido muy amplio, justo el que da nuestro autor a esa palabra. Como dicen los títulos de dos capítulos, esta obra se resume en que abarca “del Génesis [...] a *Don Quijote*”, y “desde *La Celestina* a *Martín Fierro*”, y más allá.

La base del estudio es la cultura en el más amplio sentido, pues Pedrosa contempla la literatura como la fuente más abundante de su estudio (antologías poéticas, Calderón, Cervantes —que aparece muchas veces con sus *Quijotes*—, Gracián, Shakespeare, Valle-Inclán, Cela, y hasta Azúa, Vicent, Saramago y Eduardo Galeano), pero también recoge testimonios folclóricos como los refraneros clásicos y modernos, fuentes legendarias como *Gilgamesh*, los clásicos grecolatinos (Esopo, Platón), la patrística, la *Biblia*, la hagiografía, las sagas nórdicas como la de Snorri Sturluson, coloquios de Erasmo, libros de viajes, léxicos antiguos y bestiarios, libros de geografía, misceláneas, el romancero o el cancionero, y fuentes actuales como leyendas urbanas, películas, cómic, noticias de periódicos, cuadros y curiosidades de todo tipo (como en p. 31). Entre los textos científicos y ensayos de todo tipo figuran, entre muchísimos otros Feijoo, Freud y Pascal, Frazer y Nietzsche, Descartes y Ortega, Bergson y Propp, Madariaga y Cirlot, Fromm y Canetti, Julián Marías y Mircea Eliade, Lévi-Strauss y Cioran, Marx y Singer, Savater y hasta hispanistas como François Delpech o Margit Frenk, amigos del autor. Por tanto, vastas lecturas, erudición, universalismo y amplísimo sentido de la cultura. Hasta el infantil ratón Pérez comparece en la p. 193.

Muchas secciones, de publicarse exentas, se convertirían en interesantes notas o artículos. Así, la titulada “El cerdo rebelde *Del amor (teatro de animales)* de Federico García Lorca” (pp. 45-47), que, combinándola con la sección siguiente, sobre Orwell, resultaría, ya desarrollada, un estudio sobre el texto de García Lorca como posible (pero improbable) fuente del escritor inglés. Con gran modestia, Pedrosa renuncia a explotar tal descubrimiento y se limita a subrayar el “estrecho paralelismo argumental” y lo casual de la coincidencia (p. 45). En esta misma sección percibimos que nuestro autor se resiste con uñas y dientes a usar ningún esquema cronológico ni de frontera geográfica, pues hasta la secuencia Lorca-Orwell se continúa a renglón seguido con la última pieza del puzzle según Pedrosa: Fernández Flórez y su interesantísimo *El bosque animado*, justamente anterior en pocos años a *Animal Farm* de Orwell. De cualquier modo, la cadena está siempre bien estructurada, las obras que trata sucesivamente resultan bastante próximas en el tiempo y el lector puede detectar ahora asociaciones fecundísimas entre textos que no se emparejan habitualmente por los vicios de una indagación nacionalista y cada vez más compartimentada. De suerte que este libro es también una lección, muy bien impartida, de literatura comparada. En otros casos tenemos en el libro de Pedrosa, bien que durante pocas páginas, secciones que podríamos llamar monográficas por la época de las fuentes, pero en especial por el tema estudiado (así, las pp. 144-145, con fuentes medievales).

* Departamento de Filología, Universidad de Alcalá, Trinidad, 5, 28801 Alcalá de Henares, España
<hbrioso@hotmail.com>

Otras veces, la secuencia seguida es diacrónica, pero tan amplia que el lector se queda necesariamente perplejo por la vastedad del recorrido y de las lecturas (o transcripciones) de Pedrosa. Así, en la sección “Humanos con patas de cabra (del dios Pan a Goethe, Rubén Darío y Miguel Littin)” (pp. 153-157), donde el itinerario es himno griego—Goethe—Pu Songling (siglo XVII)—Rubén Darío—Miguel Littin—leyendas urbanas de El Cairo, Colombia y Panamá. Parecida pauta se observa en las pp. 199-204, donde el nexo es la historia de Juan el Oso, pero las fuentes son igualmente variadísimas.

La obra, que funciona como un ensayo o una narración o, si se lee al revés, como un catálogo, tiene un bien estudiado orden interno, bastante inusual, pero muy eficaz, que no es desde luego ni el cronológico de las fuentes (pasamos de Turguéniev a un bestiario medieval, después a un autor en prensa y luego de vuelta a Hawthorne, en pp. 18-19) ni el de la secuencia histórica de los hechos así documentados, pues ésta suele hacerse más bien de manera muy sumaria (p. 30). Y hace bien Pedrosa, pues ninguno de esos dos posibles métodos resultaría tan eficiente como el que finalmente ha usado, en apariencia más caótico, pero mucho más creativo, poético y abigarrado, algo que probablemente pide una materia como ésta. Los saltos pueden ser inmensos, aunque en el discurso se disimulan algo con un “muchos siglos después”, con un “en un lugar y una circunstancia completamente distintas” (p. 18), con un “poco después” (p. 71) o un “mucho antes” (p. 23).

También puede leerse secundariamente como un bestiario antológico en el que comparecen animales muy variopintos, una lectura que se reforzaría con un índice de los animales aludidos y las páginas en que aparecen. Puede recorrerse, asimismo, como un imponente digesto cultural de muchas civilizaciones, épocas y ámbitos culturales: cultura occidental de todos los países, culturas exóticas (Benín, Camerún, Brasil, Colombia, Guatemala, Kirguizistán...), fuentes antiguas, medievales, modernas y actualísimas... Esto es, todos los géneros literarios y expresiones de la cultura humana, sin aparentes jerarquías, escalas, cánones o juicios de valor.

Pero ello no impide que las secciones sigan un itinerario temático bastante bien articulado, aunque su brevedad produzca una impresión de rompecabezas o, justamente, de bestiario clásico, a la antigua, bien que con una sólida base científica y una notable actualidad. A veces el autor procede en círculos o espirales de temas y fuentes (pp. 89-90). Es un sistema que habitualmente usa nuestro autor y que parece resultar muy natural en él, pues fluye con facilidad y con tanto encanto que puede leerse como si fuese la mejor divulgación o una cierta forma de ensayismo literario rico en datos, cuya parte más árida se confina a las notas. La documentación es a veces tan abundante y exhaustiva, que las secciones se convierten en pequeñas historias de las cuestiones tratadas (pp. 53 y 88-89, por ejemplo) o en oportunos reajustes, como el de la noción de animismo en las pp. 54-56 (con una autocita algo excesiva, igual que en pp. 73ss. o p. 93).

Mas en el folclore y la antropología, si lo pensamos bien, el orden cronológico no es, en realidad, el relevante, dado que el imaginario humano no sigue un progreso (o un *regreso*) creciente igual que otros campos; más bien parece empobrecerse, por lo que entiendo, aunque no sea ésa precisamente la conclusión de Pedrosa. Aún así, generalmente los ejemplos *civilizados* occidentales modernos aducidos por nuestro escritor suelen ser literarios, lo que parece indicar que vivimos en un mundo donde hasta la imaginación es trabajo de especialistas. Las pp. 88-89 pueden ser un buen ejemplo de esto: para ilustrar el tema del sacrificio de animales, Pedrosa arranca de unas consideraciones generales sobre antiguas culturas, con unos breves ejemplos folclóricos, y, sin solución de continuidad para el lector, se desplaza de manera fulgurante hacia un escritor guatemalteco de la actualidad. Justamente esa sección parece demasiado corta, pero se continúa en la siguiente. Tal esquema se repite a menudo. Otras veces, tenemos verdaderos catálogos que podrían dar lugar a un desarrollo mucho mayor de la obra, pero que aparecen compendiados en listas algo prolijas: pp. 230ss. En las pp. 144-148 se desarrolla el asunto de otra posible publicación unitaria: los ejércitos de caracoles y su sentido en el *mundo al revés*. En general, varios apartados del capítulo “Animalidad y géneros literarios” parecen esbozados o resumidos: “La otra literatura animalística española”, “La otra literatura animalística hispanoamericana”, “Las otras literaturas animalísticas no hispánicas”, siguiendo una compartimentación nacional y cultural ajena a la del resto del libro. Lo mismo puede decirse sobre el orden cronológico desde la p. 290.

El corazón de este libro vivo y orgánico, casi un libro *en marcha*, es la sección titulada a su vez “Los bestiarios” (pp. 217-222), que constituye una suerte de historia abreviada de semejantes obras, de las que ésta es, como digo, un remoto descendiente todavía reconocible (a falta de ilustraciones y de los consabidos disparates; se me antoja ahora una comparación con el curiosísimo bestiario inventado de Juan Perucho, al que no se nombra en su lugar natural, la p. 222, y sí en la 237, donde aparece finalmente). Viene este apartado precedido de otra sección similar sobre la fabulística y los *exempla*, muy bien hecha pero algo breve, casi una lista de obras bien

hilada. Lo mismo puede decirse sobre otra sección más que sigue a las mencionadas, “La épica animal”, breve y rápida dado el tema que trata, y que termina algo abruptamente, justo cuando el lector estaba tomándole el gusto, en *La gatomaquia* de Lope de Vega. Pero cuando la obra camina a paso más ligero es en las páginas dedicadas a los animales en la poesía y la prosa española del XX (pp. 235-240), con batallones de escritores en desbandada de los que apenas alcanzamos a leer los nombres y algún título, casi sin referencias, hasta el punto de que algunas páginas, como la 237, se convierten en un Parnaso actual construido a base de listas con pocas observaciones críticas o temáticas, en un curioso desorden cronológico, pero que ponen de manifiesto las muchas lecturas de quien las escribe y lo muy al día que está, pues incluye inéditos de última hora (pp. 238-240). Hasta ese punto llega la generosidad torrencial que todos conocemos en la persona del autor, Pedrosa, que cita, antologándolos, entre la enorme gavilla de autores de hoy, a algunos jóvenes talentos aún sin publicar.

Frente a la profusa documentación de muchos temas, otros apartados podrían parecer algo breves, como el de los hombres-lobo en pp. 157-159 o el de los *salvajes* en 181-182. Las citas, a veces cuentos enteros, son alguna vez demasiado extensas (pp. 174-179), pero debe concedérseles cierta venia por reproducir cuentos completos poco o nada conocidos. Pero el criterio para citar más o menos por extenso depende, al parecer, de una buena razón: sin duda lo conocido o lo desconocido de los textos en cuestión. Las citas largas contrastan, así, claro está, con los catálogos rápidos de autores y obras más conocidos: pienso en Borges, sobre el cual fácilmente podría desarrollarse una monografía acerca de sus relaciones con los animales (igual que alguna que conozco a propósito de la arquitectura en su obra, y debe de haber otras similares) solamente a partir de las condensadas páginas 241-242. Alguna vez la rapidez del catálogo impide a nuestro autor reparar en detalles como el hecho de que los cerdos del *Diario de la guerra del cerdo* de Bioy Casares (aludido en p. 242) no existen en realidad, pues así se llama ahí a los ancianos.

Muchas de las obras enumeradas son auténticas rarezas y otros libros merecerían algún espacio —pienso, por ejemplo, en el Arreola simplemente nombrado en p. 243—, que sin duda no puede concedérseles aquí. Sobre ese escritor jalisciense podrían destacarse sus hilarantes páginas de “El rinoceronte”, “El bisonte”, “El avestruz”, “El ajolote”, etc. Acerca de la obra de Monterroso, sus impenitentes moscas filosóficas y sus técnicas satíricas basadas en la animalización, puede verse ahora el libro *La trampa en la sonrisa* de Francisca Noguero (Sevilla, Universidad, 1995, pp. 61-62 y 208-209), que podría añadirse en p. 242, n. 105, por ejemplo. Puestos a pedir, también podría nombrarse a alguna festejada autora actual de terror como la muy celebrada P. Highsmith (a pesar de su prosa), a la sección de los caracoles, con sus caracoles asesinos de *Once*. No obstante alguna otra añadidura menor que ahora podría sugerir, el vaciado bibliográfico acometido por Pedrosa es más que solvente y exhaustivo: es abrumador e impresionante incluso para un lector profesional.

Aunque juzgar un libro como éste es extremadamente difícil, por ser tangencial entre varias disciplinas, lo intentaré como un mero lector curioso. La organización del material expuesto, original y sorprendente, resulta apropiada y, desde luego, se ajusta al contenido como un guante. Podría criticársele, en cambio, el sistema de divisiones y subdivisiones, en el que el lector puede perderse a veces, ya que los apartados no aparecen numerados ni jerarquizados por ningún sistema tipográfico visible: así, la sección de mitos (p. 69), que naturalmente se subdivide en varios apartados con ejemplos que la ilustran, no se distingue a simple vista de esos subapartados (pp. 40-41 o 69ss.), pues todos los títulos se imprimen igual y ninguno aparece numerado; sólo el índice ofrece ciertas claves —y no todas— a este respecto. Aunque todo esto pueda ser deliberado y en cierto grado emanar de la misma materia de estudio, entiendo que una organización de este tipo haría más fácil y articulada la lectura de la obra. Pero, una vez hecho este reparo cartesiano, para mí un tanto obligatorio, me pregunto si el autor no ha buscado producir en otros lectores no tan cartesianos un efecto de *silva de varia lección* clásica, de bestiario más agreste y montazar, impresión que claramente logra aquí Pedrosa.

De todos modos, una vez leído el libro de manera seguida, el problema se atenúa bastante y la lectura del conjunto o de las partes aisladas resulta siempre apasionante y sugestiva. Así, destacaré en particular las pp. 230ss y 240ss. O las dedicadas a *Fontefrida* (pp. 226-229), tan hermosas como difíciles de escribir después de que lo hayan hecho nada menos que M. Bataillon, E. Asensio, F. Rico, M. Frenk y muchos otros del mismo fuste que Pedrosa. Pues todavía, en pos de esos sabios el infatigable profesor de Alcalá ha hallado y explorado las modernas manifestaciones del tópico de la tórtola viuda en Rosalía de Castro y los cancioneros orales de hoy, dos paisajes a los que aquellos eruditos no se habían asomado.

Asimismo, el sistema de referencias de estilo anglosajón, al que nada hay que objetar, se combina con las españolísticas notas al pie cargadas de información hasta convertirse en

verdaderos suplementos bibliográficos temáticos (como en las pp. 208ss, de forma ciertamente excesiva). Éstas resultan útiles y exhaustivas. El inconveniente no está en los datos que ofrecen, sino en el modo en que recibimos esa preciosa información. Hay cierta dispersión de los valiosos recursos ofrecidos por Pedrosa, que podrían haber sido más rentables para el lector de haber incluido la ya sugerida lista bibliográfica final, que a su vez aligeraría las larguísimas notas, impresas en un tipo muy pequeño, aunque entiendo que estas cuestiones pueden deberse sencillamente al diseño de la colección. Debido a este sistema de referencias bibliográficas al pie, vemos que alguna vez también se repiten datos en páginas contiguas (pp. 54 y 55), lo que se evitaría con el método, siempre mejor, de usar una bibliografía final. Igualmente, podrían así aclararse con ventaja las referencias abreviadas, como las de la p. 75 al libro de M. Eliade. Como detalle menor, cabe señalar también que hoy disponemos de una traducción española del libro de C. Kappler anotado en p. 152, n. 2.

Por lo demás, es un libro elegante y muy bien presentado, con una atractiva portada y una correcta tipografía. Las erratas y despistes son escasos: una fecha en p. 266 (el año del libro *Vindications of the Rights of Woman* de la filósofa y feminista Mary Wollstonecraft, madre de Mary Shelley). Podrían añadirse con gran provecho, según he anotado, un índice de temas y de nombres propios citados o una lista final de bibliografía aludida, citada o selecta, pues su falta produce problemas de más cuantía, si no al lector normal, sí al que simplemente consulta la obra. Y hago este reparo con la seguridad de que en realidad incluso esta crítica bienintencionada encierra un elogio de este magnífico libro: sólo el hecho de que un libro así pueda ser también una obra de referencia o de consulta resulta, para mí, bastante asombroso a la vista de la dificultad de semejante combinación y tras haber hojeado y revisado muchos otros libros de grandes pretensiones y que no eran, a la postre, ni lo uno ni lo otro: ni una lectura aceptable ni un material de consulta.

Por otro lado, sería ingenuo intentar enmendar la plana al autor ofreciéndole ejemplos alternativos o datos no registrados, ya que el plan inicial, muy bien llevado a término, parece ser el de una obra original, abierta y en permanente desarrollo, casi diría *asilvestrada*. Por el contrario, dados el tema y el método de trabajo, los elementos de juicio, aunque no son de ninguna manera arbitrarios ni casuales, podrían perfectamente haber sido otros distintos, con idéntico o muy semejante resultado. Pero no nos engañemos: esto no quiere decir que sea un libro fácil de escribir. Más bien creo que son muy pocos los estudiosos capaces de acometer semejante tarea seriamente, sin caer en la trivialidad o en el tedio. La verdadera enseñanza que podemos extraer aquí es la de que pueden existir libros científicos a un tiempo amenos y eruditos, que se lean casi de un tirón (y los profesores universitarios deberíamos tomar buena nota de ello).

Por otro lado, aun siendo éste un libro profundamente ecológico y orgánico en el verdadero sentido de la palabra, tampoco cae Pedrosa ni en la proclama fácil y oportunista ni en el ternurismo ni en lo infantil o pseudocómico, territorios a los que a veces los animales están tristemente confinados (como ha denunciado una vez más una carta al director en *El País*, 1-III-04). No se desliza entonces nuestro escritor por ninguna de las cómodas laderas escapistas de la cultura de hoy, hecha de excusas, de evasivas y de medias verdades. Los animales de Pedrosa todavía son bestias, pero bestias humanizadas por el hombre, que se ha mirado siempre en ellas como en un espejo. No son mascotas ni caricaturas ni motivo de pánicos infantiles: son nuestros compañeros en este mundo, idea que se trasluce por todo el libro.

Así pues, las virtudes de la obra predominan con mucho sobre los ligeros inconvenientes prácticos o de detalle ya dichos, comprensibles por la dificultad de la empresa. Más allá de todo eso, una de las grandes ventajas de este libro, que el lector de esta reseña ya habrá advertido, es el hecho de que semejante obra puede hoy funcionar como un *anticanon* cultural, pues el autor, luego de exhibir su conocimiento de los más diversos ámbitos culturales, demuestra, sin enunciarla, la igualdad en todos los sentidos, de todas estas expresiones humanas, sin jerarquizarlas ni juzgarlas de ningún modo. Para Pedrosa la voz *mítico* retiene todavía su sentido original. Opera en todos los terrenos como un antropólogo o un folclorista (y al contrario que muchos historiadores de la literatura), sin prejuzgar su materia de estudio armado de una escala de valores que de poco le habría de servir. Y sus lecturas, ciertamente *borgianas*, por lo inmensas, lo variadísimas y lo bien asimiladas, merecen toda mi consideración y una sana envidia. Saludo, así pues, esta obra natural, caudalosa y rica como la misma cultura de los hombres, de todos los hombres que han convivido y conviven con los animales.